

mar corro cogidas de las manos y girar alegres, bulliciosas, animadas, y en el centro del corro, prisionero, un galán de extraordinaria gallardía; es alto, es rubio, de guedejas largas, amelenadas, de ojos que azulean al mirar radiantes, altivos, fríos. Debe ser un pintor porque tiene entre sus manos paleta y pinceles. Y las tres niñas giran en torno suyo y él las contempla grave, sereno, indiferente, mientras ellas le acarician con sus miradas, le acarician con sus sonrisas, le acarician con el halago de sus revueltas.

Guillermina siente un intenso dolor en la nuca, como si hubiesen descargado sobre su cabeza duro mazazo; la intensidad del latido la despierta; vuelve á la realidad. Y al despertar, halla su cuarto lleno de claridad deslumbradora, y ante el lecho, contemplándola inmóvil, extático, su padre, la grave, la larga, la estirada figura de D. Trifilo de la Torrecilla.

## CAPÍTULO VIII

Desde aquella noche quedó dividido el campo en la casa de los Torrecillas: de una parte doña Teresita y Agueda haciendo violenta, vigorosa oposición al *pintamonas de arriba*; de otra parte don Trifilo y Guillermina. En cuanto al ciego, nunca se sabía puntualmente á cuál de los dos bandos se afiliaba; tal era su fluctuación y el mariposeo de sus pensamientos. Hubo día en que levantó bandera por Aliaga defendiéndole como futuro pariente y futuro genio de la pintura; pero al día siguiente desertaba del banderín que él mismo había tremolado valiente, alistándose en el partido materno, enemigo furibundo de aquel noviazgo. Era increíble la veleidad del ciego, pero más increíble todavía era la gracia con que realizaba tan radicales cambios de postura. Pasábase Antolín de una banda á otra sin transiciones preparatorias y, sin embargo, no parecían sus pasadas mudanzas bruscas. ¿En qué consistía habilidad tan extremada? Nadie lo sabe. Este es, como otros tantos, el sutil arcano, el misterio encantador de la psicología. Ello es que el muchacho, inútil y ciego, era en esta lucha íntima fuerza decisiva; la balanza se inclinaba siempre del lado suyo. Sin duda por esto era estimada como muy valiosa su cooperación, ya en uno, ya en otro bando, y con tanta más razón cuanto que al ingresar en uno llevaba á él los planes y los proyectos del contrario. Era el pobre Antolín al mismo tiempo desertor y espía.

La oposición, sin embargo, no se había manifestado en forma de acalorada contienda: era una lucha mansa, recelosa, pronta siempre á estallar con estrépito, pero fácilmente reprimida y domada.

Entre tanto Guillermina ya no era sólo la profesora de los Sagrarios, sino que tenía, á más de éstas tres, otras discípulas que habían reclamado sus enseñanzas musicales por intervención de

Agueda. Esto era fruto lozano de los proyectos concertados en el bando de doña Teresita, sin duda de los dos el más artero y el que esgrimía con ventaja las afiladas armas de la astucia.

—Tú rebusca entre esas numerosas relaciones—decía la señora á su hija mayor, cuando las dos se encerraban, como para conspirar, en un gabinete;—es menester que aguces los sentidos y nos traigas por lo menos un par de lecciones nuevas cada semana. Ya tenemos cuatro; no bastan. Algunas son alternas; no bastan. Busca, busca.

Y al decirle que buscarse, ella misma parecía estar dispuesta á recorrer la corte á la husma de las muchachas que quisieran profesora de piano.

—Y por supuesto—añadía, imponente de autoridad y de energía,—que no bajamos nada, nada, de los ocho duros. La que no lo quiera así, que lo deje. Nosotros no admitimos limosnas. Nuestro trabajo nos ha costado á todos el hacer de Guillerma tan excelente profesora. Y pensar, pensar, Dios mío, que un zascandil cualquiera, un pintorcillo de tres al cuarto, piense, con su bonita cara, aprovecharse de todo nuestro trabajo.

Cuando Agueda oía esto, quedábase un tanto perpleja por la duda en que estaba sobre cuál habría sido su trabajo; pero mostrábase de acuerdo en todo con su madre y las dos mujeres concertaban juntas los más certeros planes para desbaratar los amores interesados de aquel aristócrata venido á menos.

—Sí, mamá—decía la trotadora de calles,—son un par de hambrones: la madre y el hijo. En casa de Peñalva los conocen á fondo; por eso ella se libra muy bien de parecer por aquella casa. Con su aire de reina destronada se sienta á comer, sin que la conviden, á todas las mesas. Siempre desdeñosa, eso sí, siempre destronada.

—Si estoy viendo el manejo de todo esto—decía la Torrecilla atajando á Agueda.—Esa señorona será una gran lagarta y empujará á su hijo para que á falta de una buena dote busque una mujer que le mantenga y de paso la mantenga á ella. Porque tú convéncete que Guillermina tendría que mantenerla también á ella.

Mira, no puedo ni pensarlo, porque me enfurezco, me pongo mala.

Y en efecto, doña Teresita de tal modo se enardecía, que su faz de niña se congestionaba y sus ojos verdosos verdegueaban más que nunca. Todo lo contrario de lo que le acontecía á Agueda; el efecto de estas charlas era en ella de consternación y aplanamiento; más de una vez le faltó poco para soltar las lágrimas. Era horrible pensar en el día de mañana, en el día en que D. Trifilo, ya viejo y caduco, les faltara. Aquella chicuela era la llamada á ser el amparo de la familia, su sostén en el mundo, y la muy ingrata caería en las redes que mañosamente, eso es, traidoramente le tendían para atraparla y explotarla. No, no podía consentirse; si debía haber leyes que impidiesen iniquidades semejantes, si esto era peor, cien veces peor que desbalijar á una familia asaltando la casa por los balcones.

—Sin duda hay leyes, sí, mamá, sin duda hay leyes, sólo que nosotras no las conocemos.

—No, hija mía, no hay leyes, porque las leyes las hacen los aristócratas y están bien preparadas en su favor para estos casos, ¡ay!, muy frecuentes en la vida. Hoy por hoy nuestra única defensa está en la edad; mientras no llegue á los veintitrés años, no prevalecerán las malas artes de esa gentuza; pero, en cuanto los cumpla, quedamos inermes, desamparadas de la justicia de los hombres.

Cuando el ciego estaba afiliado como soldado leal en el bando de ellas, él era el supremo argumento con que las dos mujeres se confortaban dándose valor y ánimos.

—¿Crees tú que ya no por nosotras, por esta pobre madre, no ha de contenerla ese desgraciado sin más apoyo ni más amparo en el mundo?

Y si, estando en este punto el lacrimoso coloquio, entraba el ciego, desbordábase la indignación de las mujeres que para ellas nada ambicionaban—así lo decían,—porque ellas medios tenían para vivir tranquilamente. Era por él, por él solo toda aquella lucha, por él, ciego, desvalido y desamparado.

Pero es el caso que el pobre Antolín oía con admirable sereni-

dad los terribles augurios de su desvalimiento y desamparo. No había razón para presagiar un porvenir trágico. Y salía prontamente por el registro favorito de la mendicidad y el pordioseo; oficio grande, ejercido por muchos santos á quienes vemos en los altares. Que no se apesadumbrasen, porque él las mantendría; con sus propios recursos pecuniarios había de bastarles para llevar una vida espléndida, ó cómoda y desahogada cuando menos.

Doña Teresita y Agueda, oyendo tales despropósitos, se compungían más por parecerles que todo aquello era señal de desvarío, y con esto recriminaban con mayor aspereza á Guillermina, que era capaz de dejar á los suyos en el mayor abandono.

Cuando al día siguiente el ciego realizaba una de sus rápidas evoluciones, declarándose ardiente partidario de la boda con Aliaga, hacía á los del opuesto bando, á su padre y á su hermana, revelaciones de lo que había escuchado en labios del enemigo.

—Tú no te rindas, Guillerma; lo que ellas tienen es miedo, un miedo horrible al hambre; lo que yo les digo es que sigan mi ejemplo; que pidan limosna, y así no sufrirán la mordedura del hambre. Cásate, cástate. Serás mujer de un noble y á la vez de un artista. ¡Consortio divino: la aristocracia y el arte! Y cuando él triunfe seréis dos veces nobles: por la sangre y por la inteligencia. A ellas no les hagas caso; todo el toque de su oposición está en la mantención. Tú vas y les dices: no tengáis pavor; de mi casamiento no os vendrá daño alguno, yo os mantengo, no ha de faltarnos nunca la santa pitanza. Diles esto, y las tendrás de tu parte.

Don Trifilo oía con arrobamiento las prudentes y discretas razones de su hijo; ciego era y, sin embargo, veía claramente en aquel asunto. Antolín daba señales de poseer excelente juicio.

—Tienes razón y me embeleso oyéndote hablar de ese modo. Conozco el mundo, conozco las gentes; tengo por oficio cultivar las inteligencias, y este cultivo cotidiano me da un poder de penetración que á mí mismo muchas veces me maravilla. Rara vez me equivoco en el juicio que formulo de mis discípulos. Tú, le digo á uno, serás un sabio, y es un sabio; tú, le digo á otro, serás un pillo, y es un pillo. Pues yo te digo á ti, yo le digo á Guiller-

mina, que desde el primer momento reputé á Aliaga como precioso ejemplar de una raza de hombres fuertes. Todo en él revela el vigor, el arranque, acometividad ante la vida, fuerza ante el destino. Con mirar su mirada basta para convencerse. Un hombre así vale más que un cuitado con muchísimo dinero, porque su tesoro es don divino que no se pierde ni se expone á los vaivenes de la fortuna. Ellos mismos, hija mía, ¿no son por ventura víctimas tristes de las mudanzas terrenales? Sí, por cierto. Y casos como estos, ¿quién no los ha visto? Todos los vimos.

Era frecuente en Torrecilla el animado empleo de esta especie de monólogo en forma de preguntas y respuestas, por parecerle forma de mucha amenidad y fuerza convincente, aunque á Guillermina no hacía falta convencerla de las dotes preclaras que adornaban á Esteban.

Los dos bandos se miraban frente á frente; recelándose los dos, esquivaron la acometida impetuosa, la lucha franca. La paz de la familia no se turbó aparentemente, pero todos vivían en aquella casa como soldados en pie de guerra, en espera de grandes y sonadas batallas.

Aliaga, que por medio de mañeras artes sociales había logrado penetrar en el hogar de los Torrecillas, no era mal recibido por las del bando contrario á la boda. No, señor, no iban contra él personalmente las iras femeninas de doña Teresita y Agueda. Reconocían sin esfuerzo que Aliaga tenía todo el mundano encanto de los grandes caballeros. Su mismo continente severo y frío era en él señuelo de atracción irresistible, y necesitaban un gran esfuerzo para no dar al olvido, cuando le veían delante, todos sus rencores. La señora de Torrecilla, especialmente, no podía remediarlo; el trato galante, cortesano, de aquel muchacho, la fascinaba. En cuanto á don Trifilo, es imponderable el regodeo, la delectación sublime con que disertaba ante él sobre el grave tema del ambidiestrismo. ¡Si Aliaga, escuchándole, casi llegó alguna vez á mostrarse risueño!

—Dice usted, mi querido Aliaga, que en un tiempo se afeitaba usted á sí mismo. Pues yo pregunto: ¿podría usted haberse afei-

tada sin el precioso auxilio de la mano izquierda? Y lo que digo de la navaja lo digo de las tijeras: la mano derecha le corta las uñas á la izquierda, pero la izquierda inmediatamente le paga el servicio á la derecha. Cuando comemos, ¿qué ocurre? Fijese usted, amigo mío: con la derecha engullimos la sopa; pero luego viene la carne, algo de tenedor, lo más nutritivo, y entonces zampamos con la izquierda. Los violinistas, con la derecha pasan el arco que arranca el sonido, pero con la izquierda pisan las cuerdas y forman las notas que son las que hacen la melodía. Hasta para vestirnos y desnudarnos hemos de ser ambidiestros, porque es verdad que nos abrochamos con la mano derecha, pero verdad también que nos desabrochamos con la izquierda.

El pintor oía con deleite estas razones sin oponerle graves argumentos, y si aventuraba alguno, pronto lo desbarataba don Triflo con el profundo conocimiento de materia tan peregrina.

La misma efervescencia de simpatía despertó Aliaga en casa de la marquesa del Sagrario. Fué á ella á los pocos días de haberle hablado su novia del caso. Hubo, antes, vacilaciones y resistencias; escudóse, para defenderse, en la dignidad de su arte; no quería envilecerse con encargos que oían á limosna. Aquellas llamaditas á un artista como él, inédito aún para el gran público, no podían ser otra cosa que redes tendidas por su misma madre. Aquel arte suyo, tan innovador y revolucionario, no era cosa para conquistar, así de golpe, las masas.

—No me llaman por mi arte—deciale á Guillermina,—me llaman por mi persona. Llaman al aristócrata caído, para darse el altivo placer de ser Mecenas, de aparentar que ellos *me lanzan*. No iré, no iré, hasta que no llamen al artista. No quiero el auxilio compasivo, aborrezco la protección piadosa. ¿Qué van á pedir de mí? ¿Una tablita, una impresión, un cromó?

Pero aconteció en aquellos días que su madre le negó todo recurso pecuniario y aun mostróle austera parquedad en los de orden alimenticio. Disculpábase la señora diciéndole que habían llegado al último extremo de la miseria y que ya ni la bondadosa Serafina venía á auxiliarlos, sin duda por el avinagrado gesto con

que él la recibía. Porfió Esteban irritado y sañudo; obstinóse la señora, y en el caserón triste y desamueblado resonó una de las más terribles contiendas. Las arremetidas filiales tenían toda la salvajez de la bestia hambrienta; la madre sufríalas con imponente majestad, sin apiadarse en blando rendimiento. Las voces de su hijo parecían dentelladas rabiosas, pero sus mordeduras no hacían presa. En la firmeza de la Urbina no era posible hincar el diente aguzado por el hambre; á la exasperación del hijo respondía la madre con gravedad seca y dura.

Eran escenas de lucha violenta, arrebatada, terrible; no manaban sangre, ni manaban lágrimas tampoco; empleábase la saña virulenta del lenguaje procaz, pero revestido de una iracundia cortesana de mayor crueldad que la plebeya y desenfrenada desvergüenza. Era como si esgrimiesen aceros finos, de brilladora hoja de aguda punta, que penetra en la carne sin que se embote un golpe. Y la misma soledad en que los luchadores se acometían era estímulo ardoroso. En los momentos de calma, el austero silencio de las grandes estancias era respuesta irónica del fragor de la contienda, y esta grave ironía, como agujijón punzante, acrecentaba la recedumbre de la pelea. Poníale fin el cansancio, el jadeo de los espíritus, y al separarse los contendientes, ya á distancia, sin verse, aún se oían los últimos restallidos.

—¡Vete, vete á que la profesora te haga un pequeño anticipo á cuenta de lo que gane cuando estéis casados!

—¡Que se lo anticipe á usted Serafina la usurera!

De este temple eran los últimos golpes que se asestaban, y después de ellos renacía el lúgubre silencio en la casona.

Esteban comprendió que su madre había trazado un plan de asedio para someterle y rendirle, y, conociéndola, sabía que era inútil la insistencia pedigüeña; era mejor pactar y valerse de artimañas astutas.

En efecto, firmaron el pacto: Esteban apareció un día ante su madre sumiso, domeñado; la misma Leonor quedóse maravillada viéndole, oyéndole las más discretas razones, los más sesudos planes. Aquel mismo día se presentaba él en casa de la

marquesa del Sagrario, dispuesto á aceptar todos cuantos encargos le hiciera; era ridículo que él, Aliaga y Urbina, no levantase la frente, no entrase por los palacios adentro taconeando recio, como el que pisa en terreno firme; estaba completamente resuelto á pisar firme, á pasar por lo que era, á mostrarse ante el mundo, no como bohemio callejero, sino como bohemio de dorados salones; ya que había de luchar, escogía la lucha, en el campo más propicio y más adecuado. Había sido un error imperdonable desertar de su clase para descender más bajo de lo que estaban.

Leonor, mientras le oía, sondeaba aquel espíritu mirando atenta á su hijo. Dudó al principio; después, poco á poco, trabajosamente, fué creyendo.

Aquella misma tarde Esteban subió las anchas escaleras del palacio de las Sagrarios. Recibióle hosca la servidumbre; á punto estuvo de impedirle el acceso por la escalera lúgubre, anchurosa, y encaminalre á la de servicio, más estrecha, más empinada, pero más luminosa y más alegre.

Cruzó las estancias pisando, cual se había propuesto, con firmeza y señoril aplomo. Comprendió, al verse en ellas, que su traje y el perjeño abandonado de su persona no armonizaba con el severo y lujoso fondo de aquellos salones algo tétricos, algo misteriosos, pero señoriles y majestuosamente aristocráticos. De cuando en cuando, ante un tapiz, ante un lienzo, Aliaga hacía alto. La vieja sirvienta que iba con él, conduciéndole al gabinete de las visitas, parábase también, y sin que le preguntasen nada, con solicitud vanidosa, dábale explicaciones sobre la obra objeto de las miradas. Para aquella mujer todas eran cosas de mérito imponderable y de belleza infinita; todos los días venían gentes á verlo y quedábanse pasmados y como turulatos.

La estupefacción de Aliaga no llegaba á tanto; oía en silencio á la *cicerone*; á todo más la contemplaba con la misma curiosa mirada que á los tapices y lienzos, y luego emprendían otra vez la marcha á través de la severa crujía de obscuras habitaciones.

Cuando la sirvienta dejó solo á Aliaga en uno de aquellos saloncillos, en el más pequeño, en el más obscuro, el pintor se sen-



Aquella misma tarde Esteban subió las anchas escaleras del palacio de las Sagrario

tó en un sillón del solemne estrado con aire de cansancio y abatimiento. Entornó los párpados de manera que se le borrara la impresión del lugar en que se hallaba, y á sus oídos llegó claro el implacable tic-tac de un péndulo. Levantóse, miró en torno suyo, y viéndose solo, le acometió súbita tentación de alejarse, de huir de aquel palacio, de salir á la calle y respirar aire libre, soleado; quiso llamar á la sirvienta que hasta allí le había conducido para decirle que no molestase á la señora, que otra tarde volvería.

En este momento, detrás de una cortina de espeso terciopelo, oyó un rumor de voces quedas como cháchara ceceosa. Acudió á levantar el paño que apagaba el rumorcillo, y las voces se dispersaron, huyeron entre risas burlonas.

Aquellas risas punzaron á Aliaga como si fuesen saetazos. Sintió ira, sintió despecho; á punto estuvo de abrir aquella puerta tras la cual huían y se alejaban las risadas; le faltó muy poco para romper en destemplados gritos diciendo á voces que de él no se burlaba nadie. Pero vino la sedación rápidamente y con ella un abandono de la fuerza impulsiva; sólo quedó la tristeza estéril, el inútil arrepentimiento de haber cedido á caprichos maternos, con lo cual volvió á sentir el impulso irresistible de marcharse de aquel sitio y buscó el botón de un timbre para que acudieran y volviesen á llevarle á través de los salones de suelo lustroso, enmaderado, de paredes oscuras, de techos altos, sombríos.

En este momento chirrió una puerta con levedad misteriosa; Esteban miró en torno suyo, esperando que algún cortinaje se descorriera y apareciese la figura noble de la Sagrario. Pero comprendió pronto que aquel chirrido fué lejano. Esperó un momento y vió surgir de entre los densos pliegues de un cortinón una señora corpulenta, alta, de cabellos blancos, recogidos con sencillez, de faz enrojecida, sana, de mirada dulce, maternal, pero triste, suavemente velada. Quedóse la de Sagrario un momento parada ante la puerta, recortándose su corpulencia sobre el espeso fondo de terciopelo del cortinaje.

Esteban inició una reverencia; la dama respondió con una sonrisa indefinible, vaga. Después de esta salutación muda, Esteban

asestó la mirada en la marquesa al mismo tiempo que con voz áspera, con tono seco, preguntó:

—¿Señora marquesa de...?

No le dió tiempo de acabar la señora marquesa. Llegó rápidamente la respuesta envolviéndola en esta pregunta:

—¿Señor Aliaga?

Aliaga repitió la reverencia un poco más ceremoniosa, un poco más acentuada. Entonces la marquesa indicó al visitante una de las butacas que servían de flancos al estrado, diciéndole al mismo tiempo con ingenuo aplomo:

—Siéntate.

Pero el pintor, en vez de sentarse, lo que hizo fué mirar con aire altivo á la dama.

La cual repitió con acento aún más firme y á la vez más candoroso:

—¿No quieres sentarte? ¿Acaso tienes prisa?

El que estuviera habituado á ver el espejeo del alma en el rostro, tal vez hubiese notado en el de Esteban Aliaga una contracción muscular tan leve, tan pasajera, que para la de Sagrario pasó sin ser notada. Lo que notó fué el aire perplejo del muchacho, y junto con él la mirada impetuosa.

Hubo uno de esos momentos de titubeo; los dos parecían vacilantes: Aliaga en pie, la marquesa sentada ya en el sofá del estrado.

La de Sagrario cortó la perplejidad de la escena, y la cortó con una risa bondadosa, familiar y blanda; para remate de ella, dijo con naturalidad que parecería infantil á cualquiera que no fuese Aliaga:

—¡Ah!... Ya caigo. ¡Pues no te estaba tuteando! Perdón, y siéntese usted aquí; á mi lado.

Obedeció Aliaga, no por imperio del mandato, sino por la fuerza del desconcierto.

Sentóse en el sillón que la de Sagrario le indicaba y permaneció silencioso sin acertar á explicarse á sí mismo lo que oía. Así que fué la marquesa misma la que afrontó las explicaciones. Vol-

vió á hablar con el mismo tono de familiaridad confiada, plácida, risueña.

—Comprendo que sin saber antes..., había para ofenderse. ¿Con qué derecho?..

—Marquesa, ofenderme...

—Sí, sí, ofenderse; está claro. Debí empezar por decirte...

Y al hablar notábase que contenía un desbordamiento de afecto muy hondo.

Esteban giró en su asiento mirando á aquella señora con desdenoso arranque. Era un desdén con el cual pretendió cobrarse el molesto arañazo que en su excitable dignidad había inferido el extraño tuteo.

—Reconozco que debí empezar por donde acabo. Pero, vamos á cuentas: ¿usted ignora lo que somos en esta casa para su madre desventurada, para usted mismo?.. ¿Tanto se ha descariñado de todo y de todos que no sepa lo que somos, lo que hemos sido, lo que queremos seguir siendo?

Mucho había pensado Aliaga en los comienzos de aquella visita; habíalos presentido embargosos; pero nunca presagiara situación tan difícil y peregrina. Dos ó tres veces sintióse débil, indeciso, como nunca se había sentido. Tanteó en su espíritu la salida airosa, el arranque justo, sin hallar en sí mismo apoyo firme para una respuesta que fuese á la vez cortés y afable, digna y llana. «No; yo no seré llano nunca, nunca sabré balbucir la frase afable,» se dijo con profundo desaliento á sí mismo.

Fué la de Sagrario la que volvió á coger el hilo.

—Pero su madre de usted ¿no le ha dicho nada?

—Nada me ha dicho.

—Pues ante todo necesito sincerarme. Leonor me prometió que usted vendría á cambio de que yo le tratara con la... ¿cómo diré?.. con la cordialidad afable con que ella trata á mis nietas. ¿Se hace usted cargo?..

—Por Dios, marquesa; si eran innecesarias las explicaciones. Yo sé que entre su hija de usted y mi madre medió una de esas amistades que hacen hermanas dos almas. ¿No es eso?

—Eso, eso—murmuró la señora conmovida, mirando con ternura á Esteban. —Su madre de usted—siguió diciendo—está siempre unida al recuerdo de aquella desventurada. ¡Naturalmente! Usted no sabe... ni necesita saberlo; usted es un joven, un niño todavía. No, yo no quiero entristecerle con viejos recuerdos; yo no podía haberle llamado para esto... Basta, basta.

Y con súbita mudanza de tono, queriendo dar á sus palabras dulcedumbre cariciosa, le dijo:

—Ya sé que sois un gran artista. Vuestra madre está orgullosa de ver á su hijo...

—Mi madre no ha visto ni un solo cuadro mío—dijo el pintor interrumpiendo bruscamente á la de Sagrario.

—No importa, ni lo necesita. Una madre no ha menester, para admirarlas, ver las obras de su hijo. Ella me dijo que tenéis mucho talento.

—¡Ella!

—No fué ella sola.

—¿Pues quién entonces?

—Guillermina... Guillermina Torrecilla.

—¡Ah!.. Sí; es vecina. Vecina de mi estudio; suele subir con su hermano ciego á ver mis cuadros.

—Siente por vuestro arte una admiración inmensa. Angelical muchacha. Sólo con verla se la quiere.

—Sí, señora; sólo con verla.

Dijo esto Aliaga con firmeza tal que llegó á parecer agresiva. Hubo después una pausa; el tic-tac del reloj destacó en el silencio su metálico mordisqueo. Esteban sintió vivo impulso de acortar la visita, y con una resolución desdeñosa, como de quien desea llegar por el camino más corto al fin de una entrevista, exclamó:

—Por ella sé que usted necesitaba verme.

—Sí, necesitaba—respondió la dama acentuando levemente la frase.

—Usted dirá. Estoy á sus órdenes.

—Gracias. Verá; necesito el servicio de sus pinceles para una obra..., es decir, para varias obras. Me explicaré. Lo que necesito

en realidad es una dirección artística para dar digno remate á una obra en la que pongo yo toda el alma, ¿sabe usted?, toda el alma.

En estas palabras puso, en efecto, la de Sagrario un calorillo de emoción tierna.

—Si yo puedo ser útil, con mucho gusto.

—El caso es este: en Quijas, un lugarejo de poco más de cien vecinos, tengo el viejo solar de mis antepasados; un palación antiguo, más triste que este—dijo dando á la expresión un poco de alegría;—unos cuantos terruños, un castillo que se desmorona, una iglesia que se nos hundía y un cementerio muy pequeño, en donde están enterrados mis antepasados. Del castillo, del palacio y de los terrones, yo no me ocupo. El cementerio y la iglesia ya es otra cosa. Era ésta una pobre iglesuca aldeana...; digo que era, porque hace dos años, sobre las ruinas de aquélla, he levantado otra. La levanté en memoria de los míos, como si levantase una oración de piedra. Aproveché de la antigua cuanto era digno de aprovechamiento por su carácter artístico: un arco toral, unas ventanucas y la portada. Según el señor cura, unas joyitas románicas. Pues ya tengo mi iglesita, pero desnuda de paredes, rasos los altares. Yo quería confiar esa obra á un artista..., no sé, no sé cómo expresarme..., un artista que pusiese en ella más que su arte.

—Su alma—dijo Esteban.

—Exactamente—exclamó la señora como si todo su ser se hubiese inundado de luz resplandeciente.—Hace seis meses que busco y rebusco y pienso..., pero nada, nada; hasta que de pronto, en un instante, como inspiración del cielo... Fué la otra tarde hablando en el jardín con Leonor, vuestra madre. No le dije nada; preferí hablar con usted directamente. Estaba segura: un Aliaga, un Urbina tomaría á su cargo esta obra poniendo en ella su alma, su vida. Yo, no le extraño á usted, más que el arte mismo buscaba esto: una mano piadosa, devota del recuerdo de esta casa... ¡Qué sé yo! ¡Las madres somos tan exageradas! Allí yace una hija mía.

—No es exageración. Comprendo de qué se trata: es una obra de piedad maternal; quiere usted para ella ese cariño, ese cuida-

doso esmero que ponen las madres cuando cosen vestidos para las muñecas de sus hijas.

—Tiene usted razón; tal vez hay algo de eso—dijo ella un poco sorprendida.

Notó Aliaga la sorpresa y acudió á borrarla.

—Y es que la obra no importa. Todo está en el espíritu que se pone en ella. Hablaba yo de muñecas... Para la madre á quien se le muere un hijo, ¿hay nada más doloroso que sus juguetes? Todas, todas las madres que pierden una hija tienen en un armario guardada una muñeca.

—Me parece—dijo la de Sagrario—que acerté en mi elección; me parece que vamos á entendernos.

—También lo creo. Cuando usted quiera, manos á la obra. Ya deseo emprenderla.

—Mañana mismo. Ahora quiero presentarle á mis nietas. También ellas saben de usted por su madre y por Guillermina.

Y diciendo esto, la noble dama salió de la estancia en busca de sus nietas.

Otra vez se halló solo Aliaga en el obscuro y lóbrego gabinete. Pero á la ardorosa impaciencia de antes había sucedido una placidez tan suave, tan cariciosa, que hubiera deseado estar allí mucho tiempo solo, adormeciéndose con el beleño de la vaga poesía en que su espíritu pareció anegarse. Sentado en el sillón de alto respaldo, reclinó la cabeza con aire perezoso; sentía una languidez llena de nostalgia; representósele su vida miserable, plebeya y bohemia como un destierro al que estaba condenado por culpas que no eran suyas. «¿Tendrá razón mi madre? ¿Será este mundo mi mundo, el mundo de mi espíritu? Este bienestar, éste plácido ensueño, esta calma tan suave, ¿de dónde proviene? Esta casa es lúgubre, estos salones son tristes; mi mundo es más luminoso, es más alegre... ¡Y, sin embargo, esta tristeza penetra en mí con dejo de bella melancolía!»

Cerró los ojos, y de repente, impulsado por un pensamiento acerbo y doloroso, poniéndose en pie, con frialdad horrible, dijo á media voz:

«Yo aquí soy un intruso; uno que viene en busca del pan de cada día. Ni más ni menos.»

Y el áspero roce con esta idea le devolvió el exacto sentido de todas las cosas. Volvió á sentarse, sereno ya, tranquilo. Transcurrió mucho tiempo; el martilleo metálico del reloj de péndola era ya para él un compás medurado, armonioso en su lentitud monótona.

Resonaron cerca murmullos femeninos, y sin darle tiempo á incorporarse, invadieron la sala Gracia, Alma y Alicia. Venían solas; mandábalas su abuela para que condujesen á Aliaga á otra habitación más familiar y de carácter más íntimo.

Las tres muchachas, al hallarse con el artista, sintiéronse cohibidas, medrosas de ser las primeras en hablar algo, pero en sus rostros aún quedaba la huella de las risas.

Esteban, avanzando hacia ellas, también risueño, preguntó con amable tono:

—¿Sin duda fueron ustedes las que antes se rieron de lo lindo detrás de esa puerta?

—Sí, señor; nosotras mismas—dijeron casi á coro.

Tan resuelta afirmación fué acompañada de tal aliento juvenil que el palacio entero parecía la mansión del regocijo candoroso, ingenuo y sano.

Entonces observó Esteban el grupo de las tres Sagrarios; lo vió con mirada de pintor, con ojos de artista, y en aquel momento de buena gana hubiese cogido pincel y paleta para bosquejar el candoroso conjunto de las tres muchachas en el sombrío fondo del gabinete. La insistencia de la mirada desconcertó un instante á las nietas de la marquesa, y como si huyeran del curioso fisionómico, abrieron una puerta y salieron, invitando á Aliaga á que las siguiera.

Entraron los cuatro en un saloncillo poco más alegre y luminoso que las anteriores estancias. Allí estaba la marquesa del Sagrario.

En cuanto vió entrar á Esteban le preguntó:

—¿Qué os parece este plantel de rosas?